***LAS TENTACIONES DE JESÚS*  **

El descenso del Espíritu sobre Jesús con que termina la escena del bautismo significa algo así como la investidura formal de su misión. La palabra «*Cristo-Mesías*» significa «*el Ungido*»: en la Antigua Alianza, la unción era el signo visible de la concesión de los dones requeridos para su tarea, del Espíritu de Dios que capacita para desempeñarla. En aquella hora se le concedió formalmente la dignidad como Rey y como Sacerdote para la historia y ante Israel.

A partir de entonces, Jesús tiene esta misión. **La primera disposición del Espíritu lo lleva al desierto «*para ser tentado por el diablo*»** (Mt 4, 1). La acción está precedida por el recogimiento, y este recogimiento es necesariamente también una lucha interior con la tarea encomendada. Jesús tiene que entrar en el drama de la existencia humana, recorrerla hasta el fondo, para encontrar así a «*la oveja descarriada*», cargarla sobre sus hombros y llevarla a casa.

El desierto —imagen opuesta al Edén— se convierte en lugar de la reconciliación y la santificación; las fieras, que representan la imagen más concreta de la amenaza que implica para los hombres la rebelión de la creación y el poder de la muerte, se convierten en amigas como en el Paraíso. Cuando se supera el pecado, cuando se restablece la armonía del hombre con Dios, se produce la reconciliación de la creación.

Mateo y Lucas narran las tres tentaciones de Jesús en las que se refleja su lucha interior por cumplir su misión, pero al mismo tiempo surge la pregunta sobre qué es lo que importa en la vida humana. Aquí aparece claro **el núcleo de toda tentación: apartar a Dios** que, ante todo lo que parece más urgente en nuestra vida, pasa a ser algo secundario, o incluso superfluo y molesto. Poner orden en nuestro mundo por nosotros solos, sin Dios, contando únicamente con nuestras propias capacidades, reconocer como verdaderas sólo las realidades políticas y materiales y dejar a Dios de lado como algo ilusorio, ésta es la tentación que nos amenaza de muchas maneras.

Es propio de la tentación adoptar una apariencia moral: no nos invita directamente a hacer el mal. Finge mostrarnos lo mejor: abandonar por fin lo ilusorio y emplear eficazmente nuestras fuerzas en mejorar el mundo. Además, se presenta con la pretensión del verdadero realismo. Lo real es lo que se constata: poder y pan, las cosas de Dios aparecen irreales, un mundo secundario que realmente no se necesita.

La cuestión es Dios: ¿es verdad o no que Él es el real, la realidad misma? ¿Es Él mismo el Bueno, o debemos inventar nosotros mismos lo que es bueno? La cuestión de Dios es el interrogante fundamental que nos pone ante la encrucijada de la existencia humana. **¿Qué debe hacer el Salvador del mundo o qué no debe hacer?**: ésta es la cuestión de fondo en las tentaciones de Jesús. Sigamos el orden que nos ofrece Mateo por la coherencia en el grado ascendente con que está construida.

Jesús, «*después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al final sintió hambre*» (Mt 4,2). En tiempos de Jesús, el número cuarenta era ya rico de simbolismos en Israel. En primer lugar, nos recuerda los cuarenta años que el pueblo de Israel pasó en el desierto, que fueron tanto los años de su tentación como los años de una especial cercanía de Dios. También nos hace pensar en los cuarenta días que Moisés pasó en el monte Sinaí, antes de que pudiera recibir la palabra de Dios, las Tablas sagradas de la Alianza. Se puede recordar, además, el relato rabínico según el cual Abraham, en el camino hacia el monte Horeb, donde debía sacrificar a su hijo, no comió ni bebió durante cuarenta días y cuarenta noches, alimentándose de la mirada y las palabras del ángel que le acompañaba.

«*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes*» (Mt 4, 3). Así dice **la primera tentación**: «*Si eres Hijo de Dios*...»; volveremos a escuchar estas palabras a los que se burlaban de Jesús al pie de la cruz: «*Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz*» (Mt 27, 40). El Libro de la Sabiduría había previsto ya esta situación: «*Si el justo es hijo de Dios, Él lo auxiliará*.» (2, 18). Aquí se superponen la burla y la tentación: para ser creíble, Cristo debe dar una prueba de lo que dice ser.

Y esta petición se la dirigimos también nosotros a Dios, a Cristo y a su Iglesia a lo largo de la historia: si existes, Dios, tienes que mostrarte. Debes despejar las nubes que te ocultan y darnos la claridad que nos corresponde.

La prueba de la existencia de Dios que el tentador propone en la primera tentación consiste en **convertir las piedras del desierto en pan**. ¿Qué es más trágico, qué se opone más a la fe en un Dios bueno y a la fe en un redentor de los hombres que el hambre de la humanidad? El primer criterio para identificar al redentor ante el mundo y por el mundo, ¿no debe ser que le dé pan y acabe con el hambre de todos? Cuando el pueblo de Israel vagaba por el desierto, Dios lo alimentó con el pan del cielo, el maná.

Se creía poder reconocer en eso una imagen del tiempo mesiánico: ¿no debería y debe el salvador del mundo demostrar su identidad dando de comer a todos? ¿No es el problema de la alimentación del mundo y, más general, los problemas sociales, el primero y más auténtico criterio con el cual debe confrontarse la redención? ¿Puede llamarse redentor alguien que no responde a este criterio

«Si eres Hijo de Dios...»: ¡qué desafío! ¿No se deberá decir lo mismo a la Iglesia? Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan para el mundo, lo demás viene después. Resulta difícil responder a este reto, precisamente porque el grito de los hambrientos nos interpela y nos debe calar muy hondo en los oídos y en el alma. La respuesta de Jesús no se puede entender sólo a la luz del relato de las tentaciones. El tema del pan atraviesa todo el Evangelio.

Hay otros dos grandes relatos relacionados con el pan en la vida de Jesús. Uno es **la multiplicación de los panes** para los miles de personas que habían seguido al Señor en un lugar desértico. ¿Por qué se hace en ese momento lo que antes se había rechazado como tentación? La gente había llegado para escuchar la palabra de Dios y, para ello, habían dejado todo lo demás. Y así, como personas que **han abierto su corazón a Dios y a los demás** en reciprocidad, pueden recibir el pan del modo adecuado. Este milagro de los panes supone tres elementos: le precede la búsqueda de Dios, de su palabra, de una recta orientación de toda la vida. Además, el pan se pide a Dios. Y, por último, un elemento fundamental del milagro es la mutua disposición a compartir. **Escuchar a Dios se convierte en vivir con Dios, y lleva de la fe al amor, al descubrimiento del otro.** Jesús no es indiferente al hambre de los hombres, a sus necesidades materiales, pero las sitúa en el contexto adecuado y les da el orden correcto.

Este segundo relato sobre el pan remite anticipadamente a un tercer relato y es su preparación: **la Ultima Cena, que se convierte en la Eucaristía de la Iglesia y el milagro permanente de Jesús sobre el pan.** Jesús mismo se ha convertido en el grano de trigo que, muriendo, da mucho fruto (Jn 12, 24). Él mismo se ha hecho pan para nosotros, y esta multiplicación del pan durará inagotablemente hasta el fin de los tiempos. De este modo entendemos ahora las palabras de Jesús, que toma del Antiguo Testamento (Dt 8,3), para rechazar al tentador: «*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt 4, 4).

Se puede preguntar por qué Dios no ha creado un mundo en el que su presencia fuera más evidente; por qué Cristo no ha dejado un rastro más brillante de su presencia, que impresionara a cualquiera de manera irresistible. Éste es el misterio de Dios y del hombre que no podemos penetrar. En este mundo hemos de oponernos a los engaños de las falsas filosofías y reconocer que no sólo vivimos de pan, sino ante todo de la obediencia a la Palabra de Dios. Y sólo donde se vive esta obediencia nacen y crecen esos sentimientos que permiten proporcionar también pan para todos.

Pasemos a la **segunda tentación de Jesús**. Hay que considerar la tentación como una especie de visión, pero que entraña una realidad, una especial amenaza para el hombre Jesús y su misión. En primer lugar, hay algo sorprendente. El demonio cita la Sagrada Escritura para atraer a Jesús a la trampa. Cita el **Salmo 91**, 11s, que habla de la protección que Dios concede al creyente: «*Porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra*». Estas palabras tienen un peso aún mayor por el hecho de que son pronunciadas en la Ciudad Santa, en el lugar sagrado. De hecho, el Salmo citado está relacionado con el Templo; el orante confía en la protección del Templo, pues la morada de Dios debe ser un lugar de especial protección divina. ¿Dónde va a sentirse más seguro el creyente que en el ámbito sagrado del Templo? El diablo muestra ser un gran conocedor de las Escrituras, sabe citar el Salmo con exactitud; todo el diálogo de la segunda tentación aparece formalmente como un debate entre dos expertos de las Escrituras: el diablo se presenta como teólogo. La interpretación de la Biblia puede convertirse, realmente, en un instrumento del Anticristo, lo que afirma implícitamente el relato mismo de la tentación.

La discusión teológica entre Jesús y el diablo es una disputa válida en todos los tiempos y versa sobre la correcta interpretación bíblica. El debate acerca de la interpretación es, al fin y al cabo, un debate sobre quién es Dios.

El punto fundamental de la cuestión aparece en la respuesta de Jesús, que de nuevo está tomada del Deuteronomio (6, 16): *«¡No tentaréis al Señor, vuestro Dios!*». Dios es «*probado*» del mismo modo que se prueba una mercancía. Debe someterse a las condiciones que nosotros consideramos necesarias para poder estar seguros. Si no concede la protección prometida en el Salmo 91, entonces no es Dios. Ha desmentido su palabra y, haciendo así, se ha desmentido a sí mismo. El orgullo que quiere convertir a Dios en objeto e imponerle nuestras condiciones, no puede encontrarlo.

Esta escena sobre el pináculo del Templo hace dirigir la mirada también hacia la cruz. **Cristo** no se arroja desde el pináculo del Templo. No salta al abismo. **No tienta a Dios**. Pero ha descendido a la profundidad de la muerte, a la noche del abandono, al desamparo propio de los indefensos. Se ha atrevido a dar *este* salto como acto del amor de Dios por los hombres. Y por eso sabía que, saltando, sólo podía caer en las manos bondadosas del Padre. Así se revela el verdadero sentido del Salmo 91, el derecho a esa confianza última e ilimitada de la que allí se habla: quien sigue la voluntad de Dios sabe que en todos los horrores que le ocurran nunca perderá una última protección. Sabe que el fundamento del mundo es el amor y que, por ello, incluso cuando ningún hombre pueda o quiera ayudarle, él puede seguir adelante poniendo su confianza en Aquel que le ama. Esta confianza es a la que la Escritura nos autoriza y a la que nos invita el Señor, el Resucitado.

Llegamos a **la tercera y última tentación**, al punto culminante de todo el relato. **El diablo conduce al Señor en una visión a un monte alto. Le muestra todos los reinos de la tierra y su esplendor y le ofrece dominar sobre el mundo**. ¿No es justamente ésta la misión del Mesías? ¿No debe ser Él precisamente, el rey del mundo, que reúne toda la tierra en un gran reino de paz y bienestar? Hay otras dos notables escenas equivalentes en la vida de Jesús.

El Señor resucitado reúne a los suyos «*en el monte*» (Mt 28, 16) y dice: «*Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra*» (28, 18). Aquí hay dos aspectos nuevos y diferentes: **el Señor tiene poder en el cielo y en la tierra.** Y sólo quien tiene todo este poder posee el auténtico poder, el poder salvador. Sin el cielo, el poder terreno queda siempre ambiguo y frágil. Sólo el poder que se pone bajo el criterio y el juicio del cielo, es decir, de Dios, puede ser un poder para el bien. Y sólo el poder que está bajo la bendición de Dios puede ser digno de confianza.

A ello se añade otro aspecto: Jesús tiene este poder en cuanto resucitado, es decir: este poder presupone la cruz, presupone su muerte. Presupone el otro monte, el Gólgota, donde murió clavado en la cruz, escarnecido por los hombres y abandonado por los suyos. El Reino de Cristo es distinto de los reinos de la tierra y de su esplendor, que Satanás le muestra. Este esplendor, es apariencia que se disipa. El reino de Cristo crece a través de la humildad de la predicación en aquellos que aceptan ser sus discípulos, que son bautizados en el nombre del Dios trino y cumplen sus mandamientos (Mt 28, 19s).

La tercera tentación de Jesús resulta ser la tentación fundamental, se refiere a la pregunta sobre qué debe hacer un salvador del mundo. Esta se plantea durante todo el transcurso de la vida de Jesús. Aparece abiertamente de nuevo en uno de los momentos decisivos de su camino. Pedro había pronunciado en nombre de los discípulos su confesión de fe en Jesús Mesías-Cristo, el Hijo del Dios vivo, y con ello formula esa fe en la que se basa la Iglesia y que crea la nueva comunidad de fe fundada en Cristo. Pero precisamente en este momento crucial, en el que frente a la «*opinión de la gente*» se manifiesta el conocimiento diferenciador y decisivo de Jesús, y comienza así a formarse su nueva familia, he aquí que se presenta el tentador, el peligro de ponerlo todo al revés. El Señor explica inmediatamente que el concepto de Mesías debe entenderse desde la totalidad del mensaje profético: no significa poder mundano, sino la cruz y la nueva comunidad completamente distinta que nace de la cruz.

Pero Jesús nos dice también lo que replicó a Satanás: ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano, y el que afirme que puede edificar un mundo paradisiaco según el engaño de Satanás, hace caer el mundo en sus manos.

¿Qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, ni el bienestar para todos, ni el mundo mejor? La respuesta es: **ha traído a Dios**. Ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sí, el poder de Dios es silencioso en este mundo, pero es el poder verdadero, el permanente.

**En la lucha contra Satanás ha vencido Jesús**: frente a la divinización fraudulenta del poder y del bienestar, frente a la promesa mentirosa de un futuro que, a través del poder y la economía, garantiza todo a todos, Él contrapone la naturaleza divina de Dios, Dios como el verdadero bien del hombre. Frente a la invitación a adorar el poder, el Señor pronuncia unas palabras del Deuteronomio, el mismo libro que había citado también el diablo: «*Al Señor tu Dios, adorarás y a él sólo darás culto*» (Mt 4, 10; Dt 6, 13). El precepto fundamental de Israel es también el principal precepto para los cristianos: **sólo se debe adorar a Dios**.